

## TERÁN Y MAXIMILIANO

---

Entre las ondas azules  
Del bello Mediterráneo,  
En el Golfo de Trieste  
Surgiendo entre los peñascos,  
Hay un alcázar que ostenta  
Con gran arte entrelazados  
En muros y minaretes  
Lo gótico y lo cristiano.  
Parece visto de lejos  
Airoso cisne de mármol,  
Que extiende las blancas alas  
Entre dos abismos claros,  
El del mar siempre sereno  
Y el del cielo siempre diáfano.

Ese alcázar tan hermoso  
En tiempos no muy lejanos,  
Por mirar tanto las olas  
De MIRAMAR le llamaron,  
Y en él vivieron felices  
Dos príncipes de alto rango,  
Dos seres de regia estirpe :  
Carlota y Maximiliano.

En una tarde serena,  
Al bello alcázar llegaron  
Con una rara embajada  
Varios próceres extraños ;  
Penetran á los salones  
Y al noble príncipe hablando,  
En nombre de un pueblo entero  
(Que no les dió tal encargo)  
Le ofrecieron la corona  
Del Imperio Mejicano.

El Príncipe quedó absorto,  
Para responder dió un plazo ;  
Soñó en pompas, en honores,  
En fama, en poder, en lauros  
Y al despertar de aquel sueño,

Al volver de tal encanto,  
 Á su joven compañera  
 Le fué á consultar el caso.  
 « Acepta — dijo Carlota, —  
 » Eres grande, noble y apto,  
 » Y de este alcázar á un trono  
 » Tan solamente hay un paso. »

No corrida una semana,  
 El Príncipe meditando  
 En las difíciles luchas  
 De los grandes dignatarios,  
 Miraba tras los cristales  
 De su espléndido palacio  
 Enfurecerse las olas,  
 Rojo surgir el relámpago,  
 Y con bramidos horribles  
 Rugir los vientos airados.

De pronto, un ujier le anuncia  
 Que un extranjero, ya anciano,  
 Hablarle solicitaba  
 Con urgencia y en el acto.  
 Sorprendido el Archiduque  
 Dijo al ujier : « Dadle paso » ;

Y penetró en los salones  
 Aquel importuno extraño,  
 De tez rugosa y enjuta,  
 De barba y cabello cano.

En frente del Archiduque  
 Dijo con acento franco :  
 « Vengo, señor, para veros  
 » Desde un pueblo muy lejano,  
 » Desde un pueblo cuyo nombre  
 » Jamás habréis escuchado ;  
 » Yo nací en AGUASCALIENTES,  
 » En el suelo mejicano,  
 » Serví á don Benito Juárez  
 » De quien ya os habrán hablado,  
 » Le serví como Ministro,  
 » Soy su firme partidario,  
 » Y mientras aquí os engañan,  
 » Yo vengo á desengañaros ;  
 » No aceptéis, señor, un trono  
 » Que tiene cimientos falsos,  
 » Ni os ciñáis una corona  
 » Que Napoleón ha labrado.  
 » No quiere Méjico reyes,  
 » El pueblo es republicano

- » Y si llegáis á mi patria
- » Y os riegan palmas y lauros,
- » Sabed que tras esas pompas
- » Y esos mentidos halagos
- » Pueden estar escondidos
- » El deshonor y el cadalso. »

Oyendo aquestas palabras  
 Dichas por aquel anciano,  
 Á tiempo que por los aires  
 Cruzó veloz un relámpago,  
 Tiñendo en color de sangre  
 La inmensidad del espacio,  
 Sin dar respuesta ninguna  
 Quedóse Maximiliano  
 Rígido, livido, mudo,  
 Como una estatua de mármol.

Corrió inexorable el tiempo,  
 Huyeron breves los años  
 Y en una noche de junio  
 Triste, sombrío, ensimismado,  
 En visperas de la muerte  
 El Archiduque germano  
 En su celda de Querétaro

- Y en sus desgracias pensando,  
 Así dijo conmovido  
 Á uno de los abogados  
 Que fueron á despedirse  
 En momentos tan aciagos :
- « Todo lo que hoy me sucede
  - » Á tiempo me lo anunciaron ;
  - » Un profeta he conocido
  - » Que sin doblez, sin engaño,
  - » Me auguró que en esta tierra
  - » Á donde vine cegado,
  - » El pueblo no quiere reyes
  - » Ni gobernantes extraños,
  - » Y que si lauros y palmas
  - » Se me regaban al paso
  - » Tras ellos encontraría
  - » El deshonor y el cadalso. »
- ¿ Quién ha sido ese profeta ?  
 Al Príncipe preguntaron :
- « Era un ministro de Juárez
  - » Sincero, patriota, honrado,
  - » Don JESÚS TERÁN, que ha muerto
  - » En su hacienda hará dos años,
  - » ¡ Ah ! ¡ Si yo le hubiera oído !
  - » ¡ Si yo le hubiera hecho caso !

» ¡Hoy estuviera en mi alcázar  
 » Con los seres más amados,  
 » Y no contara los horas  
 » Para subir al cadalso! »

1891.

## TOMÁS MEJÍA

A MI RESPETADO Y QUERIDO AMIGO EL SEÑOR  
 GENERAL DON MARIANO ESCOBEDO.

## I

Miéntras luárez indomable  
 Va á los desiertos del Paso  
 Á defender su bandera,  
 Firme como un espartano;  
 En Méjico, sostenido  
 Por el invasor extraño  
 Se erige un trono y le ocupa,  
 Más que ambicioso, engañado,  
 Un ilustre descendiente  
 Del más grande de los Carlos.

Joven, soñador y apuesto  
 Asciede á lugar tan alto,  
 Sin ver que á lo lejos flota  
 El pendón republicano,  
 Y sin recordar que el pueblo

Por quien se sueña llamado,  
En otro tiempo á un monarca  
Lanzó del trono al cadalso

Recibiéronle animosos  
Los que el cetro le entregaron,  
Y al entrar por nuestras calles  
Fué tan grande el entusiasmo  
Que del nuevo rey los ojos  
No pudieron, deslumbrados,  
Mirar que las bayonetas  
Que lo estaban custodiando  
Eran de extranjeras tropas  
Capaces de abandonarlo

## II

Joven príncipe, ¿á qué vienes?  
¿Por qué dejas tu palacio  
En medio de las azules  
Ondas del Mediterráneo  
Como un nido de gaviotas  
Sobre un peñón solitario?

Este cielo azul no es tuyo,  
No son tuyos estos lagos,  
Ni estos sabinos del bosque  
Que de viejos están canos.

Nada es tuyo, nada entiende  
Tu acento, nada ha guardado  
Cenizas de tus mayores  
Que en otras tierras brillaron.

Tu sangre azul no es la sangre  
De Cuauhtemoc ni de Hidalgo;  
Cuanto te cerca es ajeno,  
Cuanto te vela es extraño.

Príncipe noble ¿á qué vienes?  
¿Por qué dejas tu palacio  
Y aquellas ondas azules  
De tu hermoso mar Adriático?

En medio de las tormentas  
Que se alzarán á tu paso,  
Cuando pronto te abandonen  
Los que te están custodiando,  
Hallarás como consuelo,  
Como abrigo, como amparo,  
La firmeza y el arrojo  
Del soldado mejicano

Que cumple con su bandera  
Satisfecho y resignado.  
¡Torna príncipe al castillo  
Donde viviste soñando,  
Que por las gradas de un trono  
Subir se puede á un cadalso!

### III

Con inusitada pompa  
En el ya imperial palacio  
Se celebran los natales  
Del reciente soberano.  
Ya las guardias palatinas  
De uniformes encarnados  
Apuestos forman la valla  
Luciendo adargas y cascots.  
Ministros y chambelanes,  
Consejeros y vasallos,  
Ostentan con arrogancia  
Sus pechos condecorados.  
El salón de embajadores  
Por su lujo aristocrático,

Recuerda á los que lo miran  
De antiguos tiempos el fausto.  
De pronto, por todas partes  
Se extiende un rumor extraño  
Y es que las gradas del trono  
El Archiduque ha pisado.

Diversas clases sociales  
Deben de felicitarlo  
Y ya están los oradores  
Por cada clase nombrados.

Un jurisconsulto experto,  
Elocuente, pulcro y sabio  
Es de la magistratura  
El representante nato.

Le toca el lugar primero,  
Habla con acento claro,  
Con respeto se le escucha,  
Se le mira con agrado,  
Y estudio y saber revela  
Cada frase de sus labios.

Su discurso no fué breve,  
Su estilo elegante y franco  
Y al acabar dijo alguno:  
¡Bien por Lares! anhelando

Aplaudirlo, sin hacerlo  
Por respeto al soberano.

Con elegancia vestido  
Al clero representando  
Se acercó un obispo al trono  
Y dijo un discurso largo,  
Lleno de notas y citas  
Latinas, propias del caso.

Era el orador de fama  
Por su elocuencia y su rango,  
Célebre en aquellos tiempos  
Entre oradores sagrados.

« No estuvo corto Ormachea »  
Dijo después de escucharlo  
Alguno á quien ya cansaba  
La severidad del acto.

Nuevo rumor se produjo  
Después en aquellos ámbitos  
Al ver que al trono llegaba  
Á paso lento un soldado  
De cabellos y ojos negros,  
Tez cobriza, aspecto huraño,  
Descendiente de las razas  
Que en Anáhuac habitaron

Antes de que la conquista  
Empobreciera á sus vástagos.

¡Formaba contraste brusco  
La oscura tez del soldado  
Con la tez brillante y blanca  
Del Archiduque germano!

Quedó el indígena absorto,  
Meditabundo y cortado,  
Sin articular palabra,  
La frente y los ojos bajos.

¿Quién es? preguntó un curioso  
Y le respondió un anciano:  
— Se llama Tomás Mejía,  
Y es general reaccionario:  
Viene á hablar por el ejército.  
— ¿Y él hizo el discurso?

— Varios

Le escribieron y ninguno,  
Según dicen, le ha gustado;  
El que dirá lo habrá escrito  
Ó Muñoz Ledo ó Arango

— Escuchemos:

— Trascurrían  
Unos minutos muy largos;

Mejía estaba en silencio  
 Todo tembloroso y pálido,  
 En silencio los presentes  
 Y en silencio el soberano.

De pronto ven con asombro  
 Que el indígena soldado,  
 Abriendo los negros ojos  
 Que brillaban animados,  
 Perora sin dar lectura  
 Al papel que está en sus manos  
 — « Majestad — calló un momento ;  
 « Majestad » — siguió turbado  
 « Majestad » — yo no he aprendido  
 » Lo que otros por mí pensaron,  
 » Pero si usted lo que busca  
 » Es un corazón honrado,  
 » Que lo quiera, lo respete,  
 » Lo defienda sin descanso  
 » Y la sirva sin dobleces,  
 » Sin interés, sin engaño,  
 » Aquí está mi corazón,  
 » Aquí están, señor, mis brazos  
 » Y en las horas de peligro,  
 » Si al peligro juntos vamos,  
 » Lo juro por mi bandera,

» Sabré morir á su lado. »  
 Con lágrimas en los ojos,  
 Trémulo Maximiliano,  
 Las fórmulas de la corte  
 Por un instante olvidando,  
 Bajó del trono y al punto  
 Dió al General un abrazo,  
 Que aplaudieron los presentes  
 Con lágrimas de entusiasmo.

## IV

Cayó el Príncipe más tarde  
 Y con él cayó el soldado  
 Que le dijo esas palabras  
 Llenos los ojos de llanto.

Á don Tomás le ofrecieron  
 Del patíbulo salvarlo  
 Y él respondió : « Solamente  
 Que salven al soberano. »

Un general victorioso,  
 De gran poder y alto rango,  
 Que le estaba agradecido  
 Por algún hecho magnánimo,  
 Fué y le dijo : « Yo podría

» Lograr veros indultado ;  
 » Os estimo y necesito  
 » Á toda costa salvaros.  
 » ¿Queréis que os salve? decidlo,  
 » Que no me daré descanso  
 » Hasta que al fin me concedan  
 » Lo que para vos reclamo. »  
 — « Sólo admitiré el indulto,  
 Respondió el indio soldado,  
 Si me viene juntamente,  
 Con el de Maximiliano. »  
 — Me pedís un imposible.  
 — Pues me moriré á su lado.  
 — Pensad que tenéis familia.  
 — Tan sólo á Dios se la encargo.  
 — Soy capaz de protegeros  
 Si os resolvéis á fugaros.  
 — ¿Y al Emperador? — No ; nunca.  
 — Pues su misma suerte aguardo.  
 Y como lo sabe el mundo,  
 Juntos fueron al cadalso  
 Y así selló con su sangre  
 Lo que dijeron sus labios.

11 de julio de 1890.

## RECUERDOS DE MAYO

A MI ILUSTRADO Y QUERIDO AMIGO

ROSENDO PINEDA

—  
 Cuando ya el cuerpo sustenta  
 Cerca de cuarenta abriles,  
 Y ya pico en los cuarenta,  
 La memoria se alimenta  
 De recuerdos infantiles.

Voy á narrar una historia  
 Oportuna en este mes,  
 Mes de recuerdos de gloria ;  
 Es un hecho, una memoria  
 Que tiene algún interés.

Sano, fuerte y bullicioso,  
 Creyendo en muchas quimeras  
 Era yo un rapaz dichoso,

Como que estaba orgulloso  
De mis trece primaveras.

Del mundo sólo sabía  
Lo que á la inccente tropa  
Enseña la geografía,  
Que hay Asia, África y Europa  
Y América y Oceanía.

Aun estaban en fermento  
Mis gustos y mis ideas,  
Juzgaba la historia un cuento  
Y el amor un sentimiento  
Que se apaga ante las feas.

Estudiaba sin desmayo,  
Conversaba sin misterio,  
Era por activo un rayo  
Y así llegué á un mes de mayo  
En la época del Imperio.

El pueblo á Maximiliano  
Le llamaba sin temor,  
En estilo liso y llano,  
En lugar de « soberano » :  
« Intruso y usurpador ».

Los estudiantes, ajenos  
Á las pompas imperiales,  
Escuchábamos serenos  
Esos epítetos llenos  
De resabios liberales.

En nuestros pechos ardía  
La libertad como norma,  
Como faro, como guía ;  
Eran nuestra idolatría  
Los hombres de la reforma.

Á la estudiantina grey  
Nada importaba la corte  
Ni los festejos del Rey ;  
Sabía sólo que la Ley  
Andaba en Paso del Norte.

Por fin, en una ocasión  
Se puso á prueba el colegio  
Con una extraña función :  
¡ La solemne recepción  
De un huésped preclaro y regio !!

Cada cuai se disponía  
Á la fiesta sorprendente

Que agitados nos tenía ;  
 ¡¡El Emperador vendría  
 A vernos el día siguiente !!

Y era la fecha elegida  
 Una que en gloria reboza  
 De nuestra historia en la vida :  
 ¡¡La que en Puebla dejó ungida  
 Con su triunfo Zaragoza !!

Convenimos con recato  
 En conmemorar tal hecho  
 Dando al gobierno un mal rato ;  
 ¿Cómo ? ¡¡Ostentando el retrato  
 De Zaragoza en el pecho !!

Fué un complot hecho de bruces,  
 Cada cual tendió la mano  
 Jurando por las tres cruces  
 Ser muy digno á todas luces  
 De llamarse mejicano.

Y en ademán decisivo  
 Que mi memoria no olvida,  
 Juramos por el Dios vivo  
 Ponernos tal distintivo  
 Á una señal convenida.

Llegó el momento anhelado,  
 Pusieron en un salón  
 Todo el colegio formado  
 Ya dispuesto y arreglado  
 Para la gran recepción.

Entra el monarca y atento  
 Saluda, suena un rumor  
 Y en un solo movimiento,  
 Cada cual muestra contento  
 La efigie del vencedor.

— ¿Qué es esto ? — Maximilian  
 Dice, y sin temer reveses  
 Un chico responde ufano :  
 « ¡¡ Un jefe republicano  
 Que derrotó á los franceses !! »

El Director quedó mudo  
 Y los que estaban allí  
 Ante un responder tan rudo ;  
 Sacó el Príncipe un escudo,  
 Lo dió al chico y dijo así :

« Vuestra lealtad es notoria  
 Y yo la debo premiar,

De los héroes es la gloria  
Y en el mundo y en la historia  
La debemos respetar. »

Prodióse un gran rumor  
Que retumbó como un rayo  
Y aquel grupo encantador  
En vez de « al Emperador »  
Victoreó « al 5 de Mayo ».

Méjico, 1891

### UNA RESPUESTA DE MIRAMÓN

Ya sonó la media noche  
En el viejo campanario :  
Querétaro está en silencio  
Que sólo turba á intervalos  
El grito del centineia  
Triste, sonoro y pausado.

En un antiguo convento  
Que ya en cuartel trasformaron,  
Presos en humildes celdas  
Están la muerte esperando  
Miguel Miramón, Mejía  
Y un noble : Maximiliano.

Ya poco tiempo les queda  
De vida á los sentenciados

Y el Archiduque, que siempre  
Fué de la forma un esclavo,  
Llama á Miramón, queriendo  
Sobre un punto interrogarlo.

Llega el arrogante jere  
Obediente á tal mandato  
Y órdenes pide gustoso  
Á su infeliz soberano.  
Éste le dice: — Seis horas  
Nos faltan. — Las voy contando  
Pues ya que no tengo sueño  
He de entretenerme en algo....  
— Perdonad que os distrajera,  
Pero quiero consultaros  
Cual traje será el más propio  
Para salir al cadalso.  
— No entiendo vuestra pregunta.  
— Y agrega Maximiliano:  
¿Nos vestimos de uniforme  
Ó saldremos de paisanos?  
Y Miramón le replica:  
— Majestad, voy á ser franco,  
Como ésta es la vez primera  
Que me fusilan, no es raro  
Que ignore lo que previene

El ceremonial del caso.  
Sonrióse el Archiduque  
Y agregó con entusiasmo:  
« Miguel, en todo os admiro....  
¡Qué valor! ¡daume un abrazo!»